MIÉRCOLES, 11 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Mendigos

Dos cosas definen a las ciudades: sus mendigos y sus cementerios. Los mendigos de Londres son barrocos: individuos sobrecargados de bolsas, con el pelo como un cuadro de Juan Gris, ataviados con infinitas inmundicias. Pero son cultos y discretos. Recuerdo a un indigente leyendo a William Blake en una estación de tren, hace muchos años. A la entrada de mi estación de metro, Pimlico, hay uno, un joven rubio, que me da los buenos días cada mañana. Y hace solo dos días vi a otro rellenando el crucigrama. Se juntan y charlan. Al lado de casa, frente al río, se ha instalado un pequeño campamento. Durante mucho tiempo, solo hubo ahí una mujer negra, que vivía en un banco de la calle. Hiciese frío -y en Londres puede hacer mucho-, lloviese o nevase, ahí seguía la mujer, enterrada bajo una montaña de sacos de dormir mugrientos y cartones apedazados, como una talla bantú erigida en una estepa. Su presencia resultaba dolorosamente llamativa en un barrio como Pimlico, que adora lo blanco. Ahora se le han unido otros mendigos, que han levantado sus quechuas marchitas alrededor de la precursora. Uno de ellos va en bicicleta. A veces recoge sus cosas, las distribuye en bolsas innumerables -que resultan imprescindibles para que la lluvia frecuente no las corroa- y se marcha por ahí, como un ciclista elefantiásico, o como un chino en su carrito, a ver mundo. Luego vuelve y se instala otra vez con sus compañeros: la necesidad de conversación es más poderosa que el hedor que desprenden y la incomodidad del asentamiento. Los mendigos de Londres no piden dinero, o, si lo hacen, lo hacen con recogimiento, como si les apesadumbrara molestar a los transeúntes.

Sobreviven, sin más, bebiendo alcohol y resolviendo sudokus. Y, si te hablan, no percibes menos circunloquios, ni menos peticiones de excusas, que en un ciudadano probo. Muchos, como grullas desnutridas, contemplan el cielo antes que el suelo.

JUEVES, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Violencia

Ayer vi en el metro algo extraordinario. Iba a subir al vagón, en Victoria Station -un auténtico hormiguero siempre-, cuando alguien se me echó encima, o, más bien, se me cayó encima. Yo lo aparté, con un movimiento reflejo, de un empujón, y, ya subido al tren, pude ver lo que pasaba. Trastabillando, el hombre rodó unos metros. Otro hombre, vestido con toda la seriedad de un ejecutivo de la City, pero cuadrado como un jugador de rugby, le dijo: *Do you think this is funny, you little piece of shit?* (o sea: ¿te parece divertido, mierdecilla?). Y, tras la pregunta retórica, le asestó un puñetazo brutal. Al parecer, ya le había propinado otro antes, que fue el que le hizo tambalearse hasta mí. Debo reconocer que el directo fue muy hermoso: ágil, resuelto, rápido; un golpe digno de un buen semipesado. Apenas sonó: los puñetazos son sordos, no como en las películas, donde con cada impacto parece que se cierra una puerta. Descargado el guantazo, el agredido se desplomó y el agresor siguió andando, sin más, hasta perderse entre la multitud que todavía abarrotaba el andén. Alguien ayudó a incorporarse al herido, que se quedó mirando al vagón, como un guiñol descuajaringado: por su semblante de yeso corría la sangre que le manaba de la brecha abierta en la ceja. Llevaba en el pecho una tarjeta identificativa de algún congreso o celebración, y estaba borracho como una cuba. Al parecer, había vomitado en el andén y salpicado a uno que pasaba: el jugador de rugby. Cuando el tren arrancó por fin, el hombre se

quedó allí, como una línea discontinua, con la mirada ausente; de hecho, con todo su yo ausente. La gente lo miraba, como lo había mirado todo hasta entonces: sin demasiado interés ni participación alguna, salvo el joven que todavía sostenía al golpeado por el brazo para que no se desplomara. A mí me dejó helado aquella violencia: tan fluida, tan natural, tan sin consecuencias ni escándalo como cualquier otra de los millones de cosas que sucedían diariamente en aquella estación. Alguien se emborracha y vomita, alguien se siente perjudicado y decide apalear al borracho, alguien echa una mano, todos los demás miramos y la vida sigue con devastadora normalidad, como todos los días: el metro funciona, el jugador de rugby acude puntualmente a su trabajo, el ofendido se restaña la herida, duerme la mona y probablemente no se acuerda de nada; y todos respiramos. Esta suerte de anodinia de la violencia, esta incardinación sin relieve de la violencia en la vida cotidiana es lo que me asusta. Los ingleses pueden ser muy gentiles: muchos te ofrecen su ayuda incluso sin que se lo pidas. Pero, en su silencio y su intimidad, conviven minuciosamente con una violencia que se agazapa bajo las formas establecidas de la relación social, bajo el manto puritano y opresivo de lo correcto y lo incorrecto; es más, que prospera con ellos. Ayer presencié cómo se cometía un delito: lesionar a alguien lo es. Pero el mundo no se alteró ni un ápice. Qué miedo.

LUNES, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2013

Colas

Este fin de semana estaba anunciada la apertura al público de la Central Eléctrica de Battersea. Ahora es un monstruo agujereado, tumbado junto al Támesis como un perro viejo, pero el Ayuntamiento planea convertirla -a la central y a cuanto la rodea; de hecho, quiere crear un barrio nuevo- en un gran complejo residencial, con cientos de

apartamentos y centros de congresos y reuniones. Su vida activa no ha sido especialmente larga: se construyó en 1939 y estuvo generando electricidad, a partir del carbón, hasta 1983. A lo largo de estos años se incorporó a la iconografía mundial gracias a que los Beatles la incluyeron en su película *Help*, de 1965, y *Pink Floyd* la retrató en la portada de su disco *Animals*, de 1977. También es el lugar donde vive el protagonista de la película*1984*, basada en la célebre novela de George Orwell. Así pues, para que los londinenses pudieran despedirse de la mole abandonada, tal como la han conocido hasta ahora, se organizó la gigantesca visita, a la que quisimos sumarnos mi hijo Álvaro y yo. La organización advertía de que podían formarse grandes colas, pero nunca supusimos que lo fuesen tanto: la hilera de gente cruzaba el aledaño Parque de Battersea, que se extiende casi un kilómetro en la ribera del Támesis, y se bifurcaba otros 500 metros en paralelo a la propia central eléctrica. Aquello era más que una cola soviética o habanera: aquello era propio de la muerte de un papa. Desistimos de pasar toda la mañana de pie, para ver el monumento apenas diez minutos, y decidimos descubrir el barrio. La deambulación nos llevó a un *car boot sale*, esto es, literalmente, a un mercadillo de maleteros de coche, porque es ahí donde los comerciantes transportan y exponen lo que quieren vender. Aunque la palabra *mercadillo* ya no califica correctamente aquello que designa: el lugar era enorme. Recorrimos el laberinto de puestos, entre los que predominaban los dedicados al hogar y la tecnología: ropa, electrodomésticos, móviles, ordenadores; también menudeaban los tenderetes de herramientas, consecuencia, probablemente, de la pasión de los ingleses por el bricolaje y el *do it yourself*. Apenas había antigüedades ni libros, los artículos que prefiero en estas almonedas proletarias. El sitio me recordaba a los Encantes barceloneses (ahora trasladados a una nueva instalación, que ha costado millones y que se ha inundado con las primeras lluvias), aunque en estos todavía quedan antigüedades y libros: transmitía la misma impresión de pobreza, la misma sensación de que todos los que están allí sobreviven malamente a las necesidades

de cada día, la misma promiscuidad miserable. Abundan las pieles oscuras: se oyen acentos jamaicanos, español de Colombia, tintineos chinos. Abundan, también, los friquis: el que toca *reggae* con una flauta, el que hace malabares con latas de cerveza, el que reza entre la muchedumbre. Álvaro descubre, alborozado, unos mamones en un puesto. Los mamones son unos frutos pequeños que en Venezuela, donde los probamos por primera vez, se chupan como golosinas. Rompemos la cáscara con un mordisco cuidadoso y nos metemos en la boca la pelota de pulpa, suavemente dorada. Notamos enseguida el hueso, pero la carne, que parece frágil, se aferra sorprendentemente a la semilla y, en la oposición a la lengua que quiere arrancarla, libera sus dulzuras más ácidas. Es agradable el mamón: un microviaje al trópico. Cuando volvemos a casa, la cola para ver la central de Battersea sigue prolongándose hasta donde alcanza la vista. Es una cola londinense, sin fin ni remisión.

JUEVES, 31 DE OCTUBRE DE 2013

Músicas

Ayer fuimos a cenar al pub, a nuestro pub -aquí los pubs se adoptan como a hijos-, *The Grosvenor*. Llevábamos toda la tarde dedicados a la fascinante tarea de encontrar piso -hemos de mudarnos a finales de noviembre- y pensamos que nos habíamos ganado un buen descanso. En el local había música: dos guitarristas y un contrabajo ocupaban una de las mesas, como unos parroquianos más, y tocaban piezas de *soul*, de *jazz*, algún éxito pop, casi todos impregnados de una melancolía celta. El solista era un tipo barbado, de alguna edad, cuyos perfiles difuminaban la distancia y la penumbra; cantaba magníficamente. Cuando acababan cada pieza, el público aplaudía. También nosotros: no nos importaba interrumpir a cada rato la devoración de unas proletarias *fish &*

chips, en mi caso, y un noble *sirloin steak*, en el de Ángeles, para sumarnos a la ovación. La conjunción entre músicos y auditorio no era como la que habíamos visto una vez en un pub de Dublín, en el que la numerosísima clientela -de pie, atiborrando hasta la calle-, arrastrada por una pasión entre etílica y gaélica, se sumaba al jolgorio cantando simultáneamente, mientras meneaba con júbilo las pintas de *guiness* de un lado a otro del tórax, pero constituía un gesto suficiente de reconocimiento. El carácter británico no es, desde luego, el irlándés. Proseguía, en *The Grosvenor*, la cena con su música, y yo recordaba a otro cantante con el que me había cruzado hacía un par de días, en el metro, uno de esos intérpretes que se apuestan en los pasillos sombríos y los iluminan, aunque no canten demasiado bien, con sus notas mendicantes. Pero este que digo, anónimo, envejecido, sí cantaba bien. De hecho, lo hacía extraordinariamente, con una voz rota pero acariciadora, sinuosa pero hospitalaria: una voz como una mano amable. Yo no suelo prestar atención a los músicos callejeros: lo que tengo en la cabeza -ese acúmulo de menudencias desordenadas, casi siempre absurdas, que constituye la cotidianidad- me ocupa hasta tal punto que me hace insensible a los estímulos externos. Pero la música de este cantautor subterráneo era de tal empaque que no pude evitar detenerme. Lo escuché desplegar aquel desgarrado terciopelo vocal, abstraído, por un instante felicísimo, de mis obsesiones, libre de la basura sin ilación y sin frutos que es nuestro pensamiento, nuestro presente. Y, a su vez, en aquel momento de pausa y de paz, recordé a otros músicos abrumadores que había visto, en cierta ocasión, a la entrada de la estación de Plaza Cataluña, en el metro de Barcelona. Yo era adolescente entonces, y ellos también: un grupo de gitanos que cantaban flamenco. Y el solista, al que acompañaban una destartalada guitarra y las palmas de tres sujetos oscurísimos, lo hacía con un dolor, con una trepidación, que no he podido olvidar nunca. No sé si a él, como a aquella *cantaora* clásica, le sabía la boca a sangre, pero no me

era difícil imaginar los regueros asomándole por las comisuras de los labios. Me detuve, como hace unos días en Londres, y observé con sorpresa que casi nadie se paraba conmigo. Pasaban batallones de turistas por allí, por aquella plazoleta que parece un cenotafio, iluminada por lámparas anticuadas, la mayoría de las cuales están fundidas, pero lo hacían con indiferencia, esbozando a lo sumo una sonrisa, cosquilleados quizá por lo pintoresco de la escena, y seguían su camino, a paso militar. Y yo pensaba, envuelto por el manto de aquellas seguidiyas lacerantes, que esos mismos turistas que pagaban fortunas por asistir a zapateados pasteurizados, por embriagarse con el revuelo de claveles de plástico y trajes de lentejuelas, no tendrían ocasión en su vida de asistir a un espectáculo flamenco tan intenso y verdadero como el que aquellos gitanos les estaban regalando en aquella cripta ferroviaria.

VIERNES, 1 DE NOVIEMBRE DE 2013

Julio, Federico y Halloween

Ayer comí con Julio Mas Alcaraz, poeta, traductor y cineasta. Julio es una de esas personas cuyo espíritu me rondaba desde que llegué a Londres: alguien me había dicho -o había leído en algún sitio- que vivía aquí, pero luego supe que estaba en Madrid. No obstante, ambos participaremos mañana en un *translation slam*, organizado por *Spain* (*Now*!), en el que leeremos algunos poemas nuestros y sendos traductores al inglés harán lo propio con sus versiones de los textos, así que no podía estar muy lejos. Y, en efecto, hace poco me escribió desde Londres, a donde viene con frecuencia, y concertamos una cita. En la comida descubrí a un hombre alto -casi tanto como yo, y, por lo tanto, casi tan raro: los autores espigados escaseamos; solo se me ocurren el gran Elías Moro, y ahora Julio, como compañeros de altitudes-, de mirada

sonriente, noble cabeza desnuda y trato cordialísimo. Hablamos, mientras observábamos de soslayo los vagarosos movimientos de una camarera aún más juncal que el propio Julio, de nuestros pasados respectivos, que presentan sorprendentes similitudes: él se ha dedicado, durante 17 años, a la banca de inversión y a la empresa; yo he penado 26 en tareas económico-administrativas en la Generalidad de Cataluña. Pero ambos nos aburríamos mortalmente y, cuando ha surgido la oportunidad, nos hemos arrancado el gotero de la nómina -que nos inyectaba, ay, heroína muy pura en las venas- y nos hemos dedicado a cultivar la pobreza, al menos yo. Julio está próximo a acabar un *Master of Arts* en cinematografía en la London Film School, aunque no abandona la escritura: la poesía es la esposa legítima, aunque incurra en el devaneo de rodar películas. Julio y yo somos también compañeros de catálogo: su poemario *El niño que bebió agua de brújula*, excelente, apareció en Calambur, donde yo también he publicado *Bajo la piel, los días*. Pero las coincidencias no terminan ahí: él ha traducido a Anne Sexton -sin duda, mucho mejor que José María Reina Palazón, cuya versión de la obra completa de la americana para Linteo es más que chapucera: es *googliana*; así lo he consignado en una reseña del libro en *Letras Libres*- y a John Ashbery, un autor fundamental, al que publicamos en DVD. Al salir del restaurante, caminamos hacia Oxford Street, una calle antipatiquísima, en la que parece que solo haya *cortes ingleses*. Cuando estamos a punto de desembocar en ella, nos cruzamos con Federico Trillo, el embajador español, acompañado por el inevitable séquito de funcionarios circunspectos y trajeados. Solo él habla. Es chaparro y luce un pelo en perfecto estado de revista: ni un solo cabello pierde su apostura marcial. Cuando pasamos a su lado, estamos a punto de gritar "¡Viva Honduras!", pero nos contenemos, no sea que los británicos quieran someternos a una "realidad hostil", como pretenden hacer con los inmigrantes sospechosos -esa es la versión anglicana de nuestra memorable ley de vagos y

maleantes: más sutil, pero no menos dañina; no hemos avanzado nada-, y tengamos que recurrir al amparo diplomático. No creo que nuestro grito nos hubiera favorecido a los ojos del que era el ministro de Defensa cuando la tragedia del Yak 42. Por fin nos despedimos y yo enfilo el camino a casa: un paseo largo, en el que me alejo progresivamente de las zonas comerciales e ingreso en los barrios tranquilos, de puertas georgianas y columnas blancas flanqueándolas. Veo, aquí, calabazas destazadas, con ojos rasgados y dientes de sierra -reminiscencias domésticas de los fuegos fatuos: la señal de pervivencia de los espíritus- en los alféizares de las ventanas y dibujos de brujas pirulas en las guarderías: es Halloween. Y me imagino a Federico Trillo vestido de demonio y rodeado de brujas de nariz ganchuda. Eso sí: sin que uno solo de sus pelos se le haya desmandado.

VIERNES, 8 DE NOVIEMBRE DE 2013

Un paseo

Muchas tardes Ángeles y yo salimos a pasear. Ella se ha pasado todo el día mirando por el microscopio en el hospital, y yo, mirando la pantalla de mi ordenador en casa, así que nos apetece estirar las piernas. Ya lo hacíamos en Sant Cugat, también por las tardes. Ella se había pasado todo el día mirando por el microscopio en el hospital (y soportando el horror del servicio en el que trabajaba), y yo, mirando la pantalla de mi ordenador en la oficina siniestra, así que nos apetecía volver a sentirnos seres humanos. Entonces cruzábamos el pueblo, disfrutando de las banderas esteladas que lucían en los balcones (y también de alguna española, que se colgaba para fastidiar, algo parecido a lo que sucedía en los partidos de fútbol: siempre que marcaba el Barça, se oía en el pueblo un rugido general y sociológico; si lo hacía el